

# El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote

Por

FRANCISCO C. LACOSTA

**E**l uso del proverbio se pierde en la noche de los tiempos, es la herencia literaria de un pasado plasmado asimismo a edades inacabables.

Partiendo de la *sententiae* de la antigüedad llegamos a la Edad Media, en que se estimaba el proverbio como una expresión sintética de la sapiencia acumulada por el hombre a través de las épocas. En un período en que la tradición era un factor culminante en toda acción, el dicho popular tenía una enorme fuerza didáctica. En el medioevo el refrán era como un *topo* o recurso estilístico muy utilizado por el escritor al apuntar una moral que quería destacar, el cual para enriquecer su texto usaba toda su habilidad creativa. Así lo vemos en el *Mío Cid*, hasta en las graves páginas de la *Crónica General* alfonsina, en los dos Arciprestes (*Libro de buen amor*, *El corbacho*), que usaron este arte a conciencia presentando las máximas morales con precisión y, con frecuencia, dándoles una ironía o humor en el desarrollo de personajes y argumentos. Dentro de la vulgaridad de tema y estilo, característica típica de la literatura medieval, el refrán realzó el valor de los escritos de la época, y su uso, que prevaleció a través de casi un milenio, preservó cuidadosamente su integridad. Para el escritor medieval esto era una unidad del idioma, casi en el mismo sentido en que la palabra era una unidad, y escogió sus sentencias como escogía sus palabras para hacerse entender claramente, con convicción y agrado.

El Siglo de Oro español usa el proverbio como la edad anterior; aún más, lo refuerza vigorosamente. En una época en que lo sofisticado de la novela pastoril y la de caballerías se enfrenta a la crudeza realística de una *Celestina* o una novela picaresca, el adagio triunfa una vez más como un culto a lo popular, como un objeto de reflexión. Es, también, como un *evangelio chico*, más que una mera forma literaria posee una síntesis completa que al estudiarla nos lleva aparte, como de dentro afuera —prolongación universal— y nos da nuevos significados en una justaposición rápida e inesperada. Y, así como en los Evangelios se daba por sabido que contenían la verdad intrínseca, lo familiar de la alusión popular se incrustaba en la mente con efecto de hecho conocido, inapelable. Una verdadera *force de frappe*.

Cervantes refleja fielmente el medio ambiente en que vivió. Es un reflejo del humanista Erasmo (a su vez continuación del clásico Quintiliano), para quienes el proverbio puede considerarse como una pequeña gema que debe incrustarse juiciosamente a través del texto, como un adorno de estilo.

Se ha discutido mucho la supuesta influencia erasmista en los paremiólogos españoles del siglo XVI. Sin duda el humanista de Rotterdam influenció toda la Europa civilizada de entonces, pero el refrán en particular podría remontarse en España hasta la extensa ocupación árabe cuyo idioma es en sobremanera rico en expresiones proverbiales, herencia de su carácter oriental. Además, en tiempos de Cervantes el proverbio estaba en la cumbre de su popularidad y, relativamente, sin un gran influjo de parte de otras naciones. Así vemos lo excelente de la refranería española, un saborcillo picaresco al margen de la seriedad inglesa, la solidez alemana, lo epigramático francés o la amargura italiana. Podríamos apuntar también las diferencias entre el uso del proverbio en la Edad Media y el Renacimiento. En la Edad Media tiene un sentido de recurso estilístico con una actitud didáctico-cristiana. En el Renacimiento los humanistas como Mal Lara y sus contemporáneos recogieron este influjo, pero lo usaron vitalmen-

### *El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

te para entroncarlo con la tradición greco-romana, del mismo modo que Erasmo recopiló los proverbios latinos y griegos para llevarlos a sus fuentes prístinas. Lo que se precisa ver es que la frase proverbial ha tenido una tradición hispánica en el habla y en la literatura desde un principio hasta hoy, es otro aspecto del tradicionalismo español de que con tan certera intuición nos habla Menéndez Pidal. Es una vitalidad constante que hemos de vislumbrar para precisar sus diferencias. Ya desde la primera colección de proverbios, la del Marqués de Santillana (1449), aparece la idea precursora de esa actitud humanista-renacentista que veremos en Vallés, Virgilio Polidoro y hasta en Erasmo. Y para citar otras colecciones precisas, Núñez de Guzmán (1553), además de los citados Mal Lara (1510) y Vallés (1549), dieron a la imprenta verdaderas gemas en sus recopilaciones. Quizás: la más curiosa de estas habilidades la encontramos en la colección de Blasco de Garay (1569), en forma de tres epístolas compuestas enteramente de proverbios y que contienen alrededor de mil picantuelos refranes, una verdadera salsa del idioma español de los cuales muchos se encuentran diseminados en las páginas de *Don Quijote*. Pero es este libro, indiscutiblemente, la mejor colección de proverbios del mundo entero.

Disquisiciones aparte, nuestro escritor va más lejos, estimando que estas frases populares son valiosas de por sí en todo un mundo de interpretaciones. Su actitud parte de la base de que lo mejor que tienen los refranes es ser nacidos del vulgo. El castellano más castizo es producto de los mismos. Este tributo al valor intrínseco del adagio es la revalorización cervantina. Una revalorización que es una verdadera literatura gnómica.

Cervantes, continuando este concepto más concretamente, nos ofrece un máximo exponente en su obra inmortal, especialmente en la figura del escudero, tan realística como la de los pastores o estudiantes de Juan del Encina o las serranas de Juan Ruiz. Recordando lo sofisticado de su época (de la que él mismo no supo zafarse por completo, por ejemplo *La Galatea*), nos presenta un Hombre Común,

concreto en sus expresiones, que se ha encontrado a sí mismo. Así lo introduce al lector, a diferencia de un Rabelais o un Chaucer que escogen sus proverbios deliberadamente y con precisión un tanto literaria. La máxima moral de Montaigne ha dado un giro rotundo. En Cervantes el dicho popular se lanza no sólo por boca de sus dos archiconocidos personajes, sino hasta por la de otros tan dispares como un ventero o un duque, y con una fuerza tal que los proverbios-figuras poseen una afinidad literaria que llega a la idea *summum*.

Ya aparece la habilidad cervantina al decirnos Don Quijote que *los refranes son sentencias breves sacadas de la experiencia* (II, 67), una especie de definición de algo indefinible que envuelve popularidad, ingenio, abreviación y hecho seguro, reflejado en el dicho conocido *no hay refrán que no sea verdadero*. Debe añadirse la ingeniosa manera en que nuestro autor juega con estas frases proverbiales, algunas de las cuales podría objetarse que no son en verdad proverbios, pero lo acertado de su ingenio, humor y pintoresquismo les pone de lleno en la refranería castellana. De esta manera, y sacando a relucir otra expresión, *tanto se pierde por carta de más como por carta de menos*, si perder puede llamarse a esta faceta literaria del inmortal maneco.

Puntualizando sobre el infinito mundo de los proverbios de Cervantes, podríamos preguntarnos qué clase de funciones retóricas sirven los aforismos que aparecen tan profusamente. Por supuesto, una máxima trata de dar vida a un concepto ideal de conducta a seguir. Esto puede ofrecerse de infinitas maneras. El autor de *Don Quijote* consigue generalmente esto por medio de alguna de estas formas; establecer una idea a seguir, explicar una causa que resulte en un efecto, oponerse a un argumento, presentar un ejemplo didáctico, o proveer otro ejemplo de un tópico cuya discusión ofrece un resultado moral.

Veamos por medio de ejemplos precisos la extensa gama del uso del proverbio en el libro cervantino y que va más allá de cualquier catalogación que pueda hacerse. Uno de los principales métodos del

### *El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

inolvidable Don Quijote es presentarlos adornados con un balance de seriedad constructiva. En Sancho el fiel de la balanza fluctúa como una aguja de marear loca. Sigamos el estudio ofreciendo síntesis de ambos. Lo concreto en uno se obtiene por el paralelismo de una línea de pensamientos reforzados por tales adagios; en el otro por una especie de inversión de esa línea de continuidad que da al asunto en ciernes una cualidad de ilogismo. Sin embargo, en los dos personajes famosos, los refranes se presentan claros, nítidos, con una tal fuerza declamatoria que en muchos casos han pasado a formar parte del módulo de la conversación hispana, más allá del convenido sentido de una frase determinada.

Sobre este caso del impacto en el idioma encontramos el paralelismo de *por el hilo se saca el ovillo* (I,30), en que lo apropiado del material va en cantidad directamente proporcional al resultado del concepto completo. Además de la facilidad de comprensión basada en el objeto, nos encontramos con una perfecta ilación entre el sujeto y el predicado. Así, en el transecurso del tiempo, la frase *hilar delgado* ha llegado a ser el epítome del buen trabajo, derivada en algunos casos a un sentido de extremo cuidado, casi picaresco, tal vez una derivación de otra idea consecuente, *el fin justifica los medios*.

Otro recurso favorito del autor es ofrecer conceptos contrapuestos aplicados a una cualidad común al género humano, por ejemplo, *la mujer y la gallina por andar se pierden aina* (II, 49). Aquí hallamos el recurso caprichoso del humor-consejo aplicado a la unión de dos ideas irrelacionadas para producir un efecto de sentido.

Los refranes tienen a veces un punto de contacto de prolongación a otras lenguas. Sabemos que Cervantes salió de España y se vio expuesto a la cultura foránea, especialmente la renacentista italiana. El *e meglio aver oggi un uovo che domani una gallina*, está en relación directa al *más vale pájaro en mano que buitre volando* (II, 12). *El mal para quien lo fuere a buscar* (I, 20), tiene un paralelo en la famosa frase *honi soit qui mal y pense*. Es, asimismo, un hecho conocido que todos los idiomas tienen puntos de contacto, sin precisión de que el

escritor español haya seguido u originado conceptos que pasaron allende las fronteras. Una continuación a esto puede ser la frase bíblica *los que tomen la espada a espada perecerán* (San Mateo XXVI, 52), pasada a DON QUIJOTE *quien busca el peligro perece en él* (I, 20), variación más directa que hoy hallamos en la conocida forma *el que a hierro mata a hierro muere*, o al inglés *he who seeks danger perishes in it*.

Dentro de esta idea, Cervantes juega acondicionando *idiomáticamente* otros adagios, como vemos en el español macarrónico del vizcaíno, apostrofando a Don Quijote, *el agua cuan presto verás que al gato llevas* (I,8), basado en *¿quién ha de llevar el gato al agua?*, forma variada en *¿quién ha de poner el cascabel al gato?*, de una de las fábulas de Iriarte; todas las formas convirgiendo a una misma meta común, quién se hará cargo de tamaña empresa. El mozo de Vizcaya parece aquí un buen contendiente para el caballero manchego.

La técnica del refrán cortado y cambiado de su prístina forma es otro de los juegos cervantinos. En la primera acepción, un caso de sínédoque, Don Quijote recrimina la avaricia de Sancho, *no es la miel, etc.* (II, 28), forma completa, *no es la miel para la boca del asno* (otras veces, el *etc.*, da paso a un *y no digo más*, de una fuerza expresiva tan acusada que la omisión salta a la vista). En la segunda, caso este de adaptación-alusión, el escudero cambia allí el proverbio ligeramente para acondicionarlo a sus propósitos, *el buen gobernador la pierna quebrada y en casa* (II, 34), cuyo original dice *la doncella honrada la pierna quebrada y en casa*.

En sentido contrario algunos adagios tiene una palabra o frase-clave que destaca (la mayoría de los casos) y en otros tienen dos. Cervantes también *echa su cuarto a espadas* con estos conceptos. Entresacamos el siguiente, *andar de Ceca en Meca y de zoca en colodra* (I, 18), proverbio que necesita ciertamente una aclaración; la primera parte basada en la idea de ir de una a otra peregrinación, árabe en este caso, y la segunda, más oscura, ofrece otro símil de cambio posiblemente de zoca = zueco o zapato de madera, colodra = cotorno o tipo de bota

*El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

antigua. Esta segunda cláusula, aunque al parecer irrelacionada a la anterior, expresa escapar de un peligro para caer en otro mayor (así está citado por Núñez de Guzmán, *andar de zocos en colodros* y aprobado como tal por Covarrubias, *Tesoro*, y Clemencín, edición de *Don Quijote*), que acondicionaríamos a la frase clásica *huir de Escila para caer en Caribdis*. Cervantes toma todo el proverbio, amalgama las dos ideas-clave, y nos lanza la reflexión de Sancho de saber lo que le espera, un andar de un sitio a otro y un cambiar de una cosa a otra que van a resultar *de mal en peor*.

Un gran número de aforismos usados por otros personajes envuelven a veces una idea irónica, casi derogativa. La moderación estoica del Caballero de la Triste Figura no es ciertamente una virtud, en este caso, de la recanería de la esposa de Sancho, *allá van leyes do quieren reyes* (II, 5), un proverbio que expresa la desconfianza del pueblo por la justicia, ejemplificada tal vez por los *escribanos*, tantas veces criticados en la literatura de la época, que complementaríamos a la acusación mordaz de un Quevedo, para quien tales profesionales eran *lacayos de la muerte*. Hoy diríamos *el que tiene el padre alcalde seguro va al juicio*, con lo que una vez más Cervantes dio a la formación idiomática una imagen de aplicación infinita. De la misma manera el zumbón ventero expresa, *a otro perro con ese hueso* (I,32), denotando claramente su escepticismo y menosprecio por una idea (su falta de creencia en los libros de caballerías).

Más procedimientos en la técnica cervantesca. El balance general del aforismo posee otras veces una cualidad invertida en estructura, resultado de una repetición especial, *tripas llevan corazón que no corazón tripas* (II,47), una sancho-panzesa interpretación de juego de palabras cuya ironía podría asemejarse a Lázaro cuando comenta *desde aquella hora quise mal al mal ciego*.

Sancho, para quien el balance de ideas se pierde en un conceptual mundo de metáforas, usa más que su amo una completa amalgama de figuras gramaticales de un estilo apotegmático ciertamente curioso. Las abstracciones forman legión: *El sueño es alivio de las mi-*

*serias de los que las tienen despiertas* (II,70), le dice en esta ocasión a su señor. *Alma de esparto y corazón de encina* (ídem), expresa apostrofando a Altisidora. *La rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino* (I, 47), esta vez dirigiéndose al Cura. A veces hay una serie de metáforas en el mismo refrán, *El amor mira con unos antojos que hacen parecer oro al cobre, a la pobreza riqueza y a las lagañas perlas* (II,19), nos dice el buen servidor, contrasentido a la lucha de ideas de la novela, materialismo versus espiritualidad.

La justicia, el negocio, la república, el tiempo y otros conceptos abstractos, poseen igualmente toda otra gama refranesca. La abstracción gramatical se hace figura concreta. Por ejemplo, la palabra *tiempo* se usa infinidad de veces. *No hay memoria a quien el tiempo no acabe ni dolor que muerte no le consuma* (I,15), *el tiempo es el descubridor de todas las cosas* (I,37), *no todos los tiempos son unos* (II, 35) (se dice que Napoleón usaba el siguiente remoquete como cosecha de su propia mochila de militar, *el general tiempo tiene la palabra*). Tanto el caballero como el escudero utilizan el vocablo tiempo como una forma familiar de expresión, una personificación consistente de una alusión inherente a muchos de los refranes pasados y presentes, nacionales o extranjeros. Otras dos abstracciones concretas; bondad, amor. La primera pasada al tan conocido proverbio hoy en día *haz bien y no mires a quien*, podría asimilarse a *quien bien tiene y mal escoge, del mal que le venga no se enoje* (I, 31); la siguiente *el amor iguala todas las cosas* (I,11), tiene un parangón en *ama y serás amado*. Los dos adagios del famoso libro, en este caso especial, han perdido el uso de los tiempos cervantinos, pero los derivados se recuerdan palpablemente. Existe la posibilidad de que Cervantes escogió estas figuras abstractas para darles valor concreto, impacto del adagio en realidad.

El ritmo se combina a la figura retórica dándole un estribillo que se hace pegadizo al oído. Los aforismos que contienen *música* son igualmente numerosos en *Don Quijote*. *Andeme yo caliente y riase la gente* (II,50), comenta Sanchica, y de su padre citamos, *el abad de*

*El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

*lo que canta yanta* (II,71), cuando te dieren la *vaquilla corre con la soguilla* (II,4) (este último es uno de los refranes más antiguos de la lengua castellana. Se encuentra ya en la colección del Marqués de Santillana bajo el título *vaquilla*. Aparece igualmente en el Arcipreste de Talavera, *El corbacho*, parte II, cap. 5). Muchos de estos adagios han pasado a la adopción general del idioma por todos los tiempos dada su facilidad para recordarlos, mostrando dos características primordiales: el énfasis en la excelencia de un concepto, unido al curioso efecto del ritmo repetición-música.

Otro principio del escritor es, como podríamos describir, el *anticlímax*. Hablando de su vida, Don Quijote (en realidad el mismo autor), cuenta a su compañero que su *descanso es pelear y su cama las duras peñas* —prolongación del viejo romance—, en la que considera su existencia como un epigrama altisonante en su expresividad lírica de la caballería andante; o cuando trata de convencerle de que *una retirada estratégica equivale a una victoria*. —No huye el que se retira, que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad; y en esto he imitado a muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores—. (Es curioso notar que el refrán *no huye el que se retira* (II,28), aparece asimismo en Erasmo. En su *Apothegms*, traducido por Udall, 1542, encontramos: *That same man that runneth awaie/Maie again fight an other daie*. Posiblemente una derivación de Tertuliano en *De fuga in persecutione*). No hay duda que muchos proverbios siguen esta línea de conducta, tanto en la obra inmortal como fuera de ella. *Lo anticlimático* es la proporción de la máxima moral. Una proporción desproporcionada, de contraste, que resulta en una causa y efecto únicos.

En varias ocasiones nuestro genio nacional parece indicarnos que un refrán, por sí mismo, puede tener la fuerza suficiente para convencer a un supuesto oponente. De esta forma plasma sus magníficas muestras de justicia el inmaculado caballero ya suavizando el tono de su expresividad o imitando el estoicismo de un Sócrates. Estas ideas pueden notarse cuando expresa su rabia contra los *encantado-*

res, castigándolos con una verbosidad caballeresca. Sancho Panza, menos diplomático, añade, *colgados los vea como sardinas en lercha*. En el transecurso del libro ninguno de los dos parece darse cuenta de lo incongruente de la situación, buenos y malos personajes, Amadís, Merlín, Fierabrás, Malambruno, están tan fijos en sus mentes como si los vieran con sus propios ojos, lo que da lugar a otro aforismo usado en la novela y aplicado aquí a ellos dos, *ven una mota en el ojo ajeno y no ven la viga en el suyo* (II,43). Nuestros viajeros pasan por un interminable sendero de proverbios que fuerzan y refuerzan una idea común; la riqueza de una lengua puesta al servicio de unos conceptos que son un mundo de pensamientos.

El insigne señor se vale de otros principios como el uso del modo imperativo para crear una atmósfera de atención y cuidado, y que releemos con fruición en los catonianos consejos al futuro gobernador de la insula Barataria. Expresiones proverbiales más que refranes *per se* de este tipo incluyen: *Mira, Sancho, la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale*; o la extensión de la frase-refrán *sé templado en el beber considerando que el vino demasiado no guarda secreto ni cumple palabra; no andes desceñido y flojo que el vestido descompuesto da indicios de ánimo desmalazado* (II, 42-43). Siguiendo con esta idea de introducción moral más que de proverbio, una verdadera *jácula prudentum*, vemos casos en que Don Quijote alecciona de nuevo a su sirviente por medio de unas frases que son verdaderos módulos de conversación. *Muchos son los andantes pero pocos los que merecen nombre de caballeros* (II,8), nos cita en otra ocasión en dos expresiones de balance perfecto; *muchos contrasta con pocos*, como adjetivos, pero el conjunto final, idea-clave, se complementa en una conclusión definitiva. Conclusiones morales del hidalgo que hacen pensar muchas veces al lector en la fórmula demencia > cordura.

A través de todo el libro Don Quijote aconseja buenos modales de acuerdo al personaje que caracteriza. Sancho Panza presenta el contrabalance del refrán ilógico a la situación precisa. Subconscientemente el escritor pudo haber tratado de poner de relieve la ver-

### *El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

dad de lo moral en el proverbio, aunque sobresalga el resultado humor-crítica. Pero la célebre novela es mucho más que risa. En el primer capítulo ya se nos informa que de tanto leer libros de caballerías, al hidalgo Quijana *se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio*. Ya tenemos ahí el núcleo de toda idea; Cervantes crea una frase, la hace famosa, la da anotación humorística y, sin embargo, nos hace pensar con seriedad. Eso es lo que hizo con el mundo de los proverbios, los usó con delectación, con abundancia y en algunos casos los creó nuevos.

Lo didáctico es piedra de toque en los interminables consejos del amo al siervo, como ya hemos visto en algunos de los ejemplos sobre el nombramiento del futuro gobernador —capítulos 42 y 43 de la parte segunda—. Aquí, como en otros capitulados, se observa que la cortedad de unos se mezcla con lo enrevesado de los otros. Muchos han caído en el desuso, pero en sus días Cervantes los utilizó con tal abundancia y precisión que a veces nos asombra pensar si fueron parte de la conversación diaria o él los añadió con su fuerza imaginativa. El didacticismo citado podría ampliarse *ad infinitum* dada la capital importancia del tema en el libro. Unas máximas morales que son un verdadero proceso de admonición (parénesis). Los ejemplos se centuplican en verdaderos sermones que tocan toda la gama de las condiciones humanas. Sólo en la primera parte podríamos entresacar los siguientes capítulos, 10-19-31-49, en que el titulado de los mismos *de los graciosos razonamientos... discretas razones... coloquios...*, nos da una clara pauta de esta disquisición parenética. Sonreímos al imaginarnos a este célebre alienado aconsejando al rústico, pero pensamos acerca de la validez de una ética que es inmortal en su contenido.

Tal es el valor de las frases-consejos en Cervantes que en algunas de ellas parece que el autor permitió que la máxima moral llevara el peso total de toda la idea. En realidad son máximas éticas, salomónicas, que todo lo juzgan, como por ejemplo, cuando quiere demostrar la necesidad de un solo juicio prevaleciendo contra las

opiniones ajenas (ofrezcamos una muestra más en los consejos a Sancho de cómo llegar a ser un buen gobernador), cita Don Quijote una sentencia admirable; *al culpado que cayere debajo de tu jurisdicción considérale hombre miserable sujeto a las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte muéstratele piadoso y clemente*. La proverbial bondad cervantina entra de lleno en el pensamiento universal *odia el delito y compadece al delincuente*. Cervantes juzgó innecesario extender en muchos casos otros conceptos a los hechos prescritos, aun a pesar de la prosa sobrecargada de la época, resultado de un barroquismo de expresión que alcanzó en parte al mismo autor. Tal vez la introducción a la novela habla por sí misma de esta claridad de escritura, humorísticamente expresada en el supuesto título a escribir en el libro. Los refranes son un claro ejemplo en las páginas famosas.

En otras ocasiones, sin embargo, Don Quijote da a la frase proverbial toda su longitud aclaratoria a fin de reforzar alguna parte de su argumentación. De su admirable discurso de las armas y las letras reflexionamos ante unas palabras tan viejas y sabias como la historia misma. Pero dejemos esto aparte (la mayor facilidad de pagar a letrados que a soldados por ser éstos más), que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos a la preeminencia de las armas contra las letras: materia que hasta ahora está por averiguar según son las razones que cada una de su parte alega; y entre las que he dicho dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con armas se defienden las repúblicas; y finalmente, si por ellas no fuese, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra; y es razón averiguada que aquello que más cuesta más se estima. Dos conceptos predominan en esta argumentación: el ideal del hombre del Renacimiento, hábil tanto en el uso de la pluma como en el de

*El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

la espada, y la final preeminencia de las armas sobre las letras. Del primer concepto se aproximan a Cervantes otros poetas, Alonso de Ercilla en su *ARAUCANA*: *Armado siempre y siempre en ordenanza / la pluma ora en la mano, ora la lanza*. Y Garcilaso de la Vega en una epístola a la condesa de Ureña escribe: *Entre las armas del sangriento Marte/hurte de tiempo aquesta breve suma/tomando ora la espada, ora la pluma*. La frase proverbial susodicha, la habilidad de manejar ambas profesiones resalta clara. Del segundo, la prioridad de una sobre otra, podríamos sacar a relucir la máxima latina *si vis pax para bellum*, y su derivado proverbial *si quieres la paz prepara la guerra* (hoy en día, en un giro humorístico, denotamos *tranquilidad proviene de tranca*). Lo proverbial de la expresión cervantina es, pues, aplicable a sucesivos adagios de los que se podría decir que vienen *como anillo al dedo*.

Algunas veces Cervantes usa un proverbio para explicar la causa de un fenómeno. De esta manera, en el capítulo que sigue a la quema de los libros de caballerías (I,7), el autor reflexiona sobre el agrado con que familiares y amigos del loco ilustre hicieron un *auto de fe*. Algunas obras debieron guardarse, pero, añade el autor, *de que pagan a las veces justos por pecadores*.

También es el uso de la ilustración un tipo frecuente de estilo en Cervantes para proponer una sugestión. Siempre embutido su Don Quijote en el papel de *enderezador de entuertos*, elucida a su servidor su buena sarta de máximas morales, algunas veces repletas del didacticismo mencionado, otras tan *mondas y lirondas* como las de su compañero de fatigas. Podríamos hallar un parangón en estas ilustraciones de tipo moral en el viejo espíritu cristiano que hace del Nuevo Testamento un tratado moral que parece pasado al ingenioso hidalgo como *de tal palo tal astilla*, en el sentido moralizante de la expresión.

Mas la sublimidad refranesca de toda la novela radica en un solo personaje. Es ahí donde reside toda la habilidad, filosofía, infinito humor, a veces barato si se quiere, pero inmortal en

todos los sentidos. El socarrón Sancho Panza ensarta una racha de consejas tras otra en una acumulación tal que semeja una cadena o letanía. En realidad una serie de apotegmas que pone Cervantes en boca de su gordinflón personaje como prueba de la habilidad del pueblo para recordar infinidad de ellos en el continuo uso de la conversación diaria, en muchos casos usados al margen de la necesidad lógica del discurso, pero en otros con una ilación determinada al contenido del asunto. Dentro de la especial concatenación comparativa, se le podría aplicar a Sancho la tesis orteguiana de *yo soy yo y mi circunstancia*, pues ni súplicas ni amenazas le apartan de su manera de ser. Ejemplos de estas retahilas lógicas se hallan en abundancia: en la conversación del servidor con su amo, aquél quiere saber cuánto en definitiva va a ganar por sus servicios; *que hablen cartas y callen barbas; quien destaja no baraja; más vale un toma que dos te daré; el consejo de la mujer es poco y el que no le toma es loco* (II, 7). Analicemos el siguiente ejemplo de perfecta técnica de lo ilógico dentro de lo lógico; Don Quijote comenta la necesidad de proteger la honra de las damas, aunque sean desconocidas, a lo que Sancho replica. —Allá se lo hayan, *con su pan se lo coman*; si fueron amancebadas o no, a Dios habrán dado la cuenta; *de mis viñas vengo no se nada*; no soy amigo de saber vidas ajenas, *que el que compra y miente en su bolsa lo siente*; cuanto más, *que desnudo nació desnudo me hallo ni pierdo ni gano*; más que lo fuesen, *¿qué se me va a mí?*, y *muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas*; mas *¿quién puede poner puertas al campo?*— (I,25). En este pasaje seguimos los pensamientos de Sancho en seis proverbios variados: (1) que lo disfruten con su contento; (2) yo estoy con mis asuntos y no me importa; (3) el que se entromete en lo que no le cuadra tiene que perder; (4) no sabía nada de ello ni quiero saber nada pues todo me da igual; (5) se cree que hubo algo donde tal vez no hubo nada; (6) nadie puede evitar las murmuraciones por tanto no me preocupó de todo lo más mínimo. Todos estos refranes siguen una ruta irrelacionada > relacionada, como un *stream of*

*El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

*consciousness* del criado, de forma tal que son inseparables a su pensamiento.

Sin embargo, el susodicho Sancho nos presenta un maratón de aforismos *sin ton ni son*, que hacen de su plática heterogénea un curioso ejemplo de psicología aplicada a lo ilógico, un proceso *psicológico*. Esta lógica-ilógica de Sancho es muchas veces más enrevesada que los conceptuosos pensamientos de su señor. El buen labriego no se para en mientes sobre si su adagio es aplicable o no a su discurso, lo importante es soltar una retahila de ellos a cual más dispar. La corriente-consciente citada se transforma en muchos otros casos en un *contrary-to-fact conditional sentences* que hacen de la plática del labriego una amalgama de contrasentido y humor digna de la mejor causa. Como un parallogismo que ha pasado ya a la historia de las letras. Muy conocido es este diálogo entre los dos famosos personajes que trae a colación la refranería cerrilmente pueblerina y la constante llamada al orden del señor. —Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horeca. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ¿o cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que vuestra merced se queja de bien pocas cosas. A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes y más refranes y ahora se me ofrecen cuatro que venían aquí pintiparados, pero no los diré porque *al buen callar llaman Sancho*. Ese Sancho no eres tú, dijo Don Quijote, porque no sólo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar— (II,43). Huelgan comentarios.

Es curioso notar que parte de esta costumbre está todavía en vigor en las remotas regiones españolas lejanas a los centros culturales. El típico labrador, la generación vieja y curtida por la única experiencia de una vida casi reclusa a su terruño, continúa la ruta sanchopanzesca de la refranería popular que tan admirablemente hallamos en la obra inmortal. Es igualmente digno de notar que

la segunda parte del libro contiene más adagios que la anterior. Suponemos que el autor, al perfeccionar su tópico, dejó a un lado lo aventurero caballeresco para presentarnos más estilo didáctico. Sabido es que la segunda parte contiene más meollo, más cuidado por parte del novelista (aquí cabe un refrán más, *no hay regla sin excepción*, en referencia al de Sansón Carrasco *nunca segundas partes fueron buenas* (II,4), pues la edición de 1615 es una obra de arte en sí misma).

La Edad de Oro española produjo una literatura infinita, cumbre y resultado de unos tiempos únicos. Especialmente la novela picaresca, *Lazarillo*, *Guzmán*, *El buscón*, sólo para citar tres pilares, poseen una riqueza única en proverbios. Cervantes aunó todo ese tesoro inextinguible aupándolo todavía más, pues tuvo este toque genial que caracterizó esos tiempos geniales, y supo comprender la emotividad de ese siglo XVII aplicable a toda la humanidad viviente por medio de sus dos aparentemente tan dispares y al mismo tiempo tan unidos personajes. La refranería, la castiza conseja hispana, es punto culminante en el diálogo que nos presenta un toque fresco y emotivo con el impacto de un arma certera. La habilidad de nuestro hombre de letras no fue solamente la de plasmar proverbio tras proverbio, sino de crearlos igualmente; su arte reside en dejar a la imaginación del lector el goce de una selección de adagios tan risueños o serios como verdaderos; aumentar el caudal no solamente en cantidad sino en calidad, puliéndolos, recortándolos o añadiéndolos, suplementándolos con la riqueza metafórica y disparándolos con la estrategia de un mensaje. Su enorme familiaridad con el uso del idioma le puso en condiciones de crear un *melting pot* que destiló una nueva gama, o dio nueva vida a los apagadizos, prolongándolos hasta las formas actuales. Aún más, se recreó en su uso manejando materiales en una forma convincente y agradable, y así las docenas de máximas esparecidas por toda la novela no nos dan nunca una sensación de repetición o abuso de tema, sino de agrado y amable sonrisa mezclada a otra idea de comprensión. La paremiología ha

*El Infinito Mundo de los Proverbios: Don Quijote*

llegado aquí a su punto culminante. Si aceptamos otro dicho popular de que *el proverbio es la sabiduría de muchos y el ingenio de uno*, la novela cervantina ciertamente revela el genio único de adaptarlos a un perfecto significado. Su forma peculiar en combinación e idea práctica, una ética didáctica en consonancia al contenido del tema, nos asegura la cósmica combinación de una literatura de firme raíz en el folklorismo español transplantada a un tópico genial.

Finalizando, no se puede comprender el significado de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* sin parar mientes en la forma completa y mesurada que hallamos en el uso de los proverbios.

---

FRANCISCO C. LACOSTA. (Brooklyn College, Department of Modern Languages, Brooklyn, N. Y., USA). Ejerce la docencia universitaria y tiene publicado numerosos trabajos sobre temas literarios.

